

tura naturalista de aquellos maestros—Menzel y Bastien-Lepage—que el cuadro pintado por Sorolla a su regreso a Roma, *El Entierro de Cristo*.

Su asunto mismo se apartaba de los temas habituales del alemán y del francés. En la ejecución, predominaban los resabios de la manera del valenciano Domingo—primero que había influido en Sorolla—, el ejemplo de los compatriotas suyos en Roma y, sobre todo, el del italiano Morelli, no poco dado a los mismos asuntos de inspiración religiosa. En suma, el cuadro, pese a sus innegables cualidades de composición y sentido místico, fué un fracaso en España. La promesa de *El 2 de Mayo* pareció defraudada. Terminada su pensión, Sorolla, un tanto desalentado, volvió a Italia y se instaló en Asís, la linda villa de poética y sacra tradición, en cuya apacible soledad, solicitado acaso por el espíritu piadoso que hizo germinar las *Floreccillas* del varón fraternal, concibió y realizó su última obra de Italia, *El Padre Jofre amparando a un loco*.

Todavía no era éste, sin embargo, el Sorolla del áureo futuro. Ni había de revelarse aún el alborozado naturalista, el gran señor de la luz, el sabio de la rotunda pincelada en los primeros cuadros que resultaran de su regreso a España, adonde le había repatriado la imposibilidad de ganarse la vida en Asís, pintando acuarelas.

Los primeros años subsiguientes en Valencia y en Madrid fueron duros años. Recién casado al regreso de Italia, fué su brega la brega amarga del genuino artista, que quiere suscitarse una reputación, expresar su personalidad y, al mismo tiempo, ahuyentar el lobo, que raya la puerta.

¿Cómo no había de resentirse su obra de ese dilema cotidiano, y brutal que es la ordalía de todos los artistas? Se ha dicho que los cuadros suyos de aquella época fueron los mejores. A ellos, sin duda, por la virtualidad maravillosa del genio latente, que todo lo vence, debió Sorolla sus primeros triunfos, la alborada de su reputación europea. Pero aún eran los de aquellos tiempos, cuadros de concesión. El mismo Sorolla, años más tarde, se arrepentía de aquella pintura "pintoresca", pintura de cuento y de moraleja, demasiado atendida a la lega opinión: *Boulevard de Paris*, *La Rogativa en Burgos*, *El Beso de la Reliquia*, *Día feliz*, *Otra*